

LOS PUERCOS

Doña Genoveva fue la primera en escuchar los gritos. Su hermana Hortensia preguntó angustiada que qué pasaba. Las dos corrieron a la cocina que es de donde provenía ese escándalo, escándalo mayor ya que en esa casa nadie hablaba en voz alta y menos gritaba. Una sirvienta, Eulalia, fue corrida por cantar en voz alta mientras lavaba la ropa de la casa. Al llegar vieron a Mercedes, su nueva sirvienta, una joven de cabello claro y hermosas facciones, tirada en el piso y, escándalo aún mayor que el ruido, con un seno descubierto. Tápate muchacha, ordenó Hortensia. Doña Genoveva tenía un dilema, o se desmayaba que era lo más práctico o regañaba a la muchacha, pero no sabía tampoco por qué, si por los gritos o por lo del seno. Mejor quedó callada. Meche, que es como le decían, no de cariño pues ése no le tenían, sino por ser una palabra más corta que Mercedes, dejó de gritar pero empezó a llorar, a llorar a lágrima viva, a lágrima dolorosa, a lágrima con sangre. ¿Qué sucede aquí? Preguntó al fin Doña Genoveva después de su largo silencio. ¿Por qué lloras, por qué estás en estas fachas? Antes de que contestes, meca ésta, sabe que aquí es una casa decente y nadie se puede atrever a andar como tú andas con una chiche el aire. En lugar de contestar, como se debe, a la pregunta hecha, Mercedes reanudó los gritos diciendo que era muy desgraciada. Hortensia supo en el acto lo que había sucedido, o creyó saber. El diablo se le había metido a esa india en el cuerpo, ahora tendría que llevarla a la iglesia para que el cura se lo sacara. Eso no le gustó pues ya era de noche y ella jamás de las jamases salía después de las siete de la noche. Pero este caso... Doña Genoveva no pensó lo mismo, para ella esta gata, que así le decía cuando hablaba con su hermana, se había vuelto loca y habría que sacarla a la calle, no fuera a hacerle algo a ellas. Meche lloró una vez más, sólo que ahora la patrona levantando algo la voz, lo que permitían las buenas costumbres, le dijo que se callara de una vez por siempre y le dijera que qué demonios le estaba pasando, que si había tomado el aguardiente que guardaban en el ropero o había tomado alguna hierba que la pusiera así. Meche, tomando aire, al fin habló. El joven Enrique me violó. ¡Ay, Dios mío, ahora qué va a ser de mí! La realidad que no dijo me violó, esa palabra no la conocía. Textualmente dijo que el joven la había montado. ¿Montado? Preguntó Hortensia. No entiendo, dijo a su vez Genoveva. Me montó, aclaró Meche, igual que los puercos montan a las puercas. De seguro voy a tener

un hijo, volvió a gritar. Las dos hermanas se persignaron antes de hablar. Quique es incapaz de un acto así, dijo una; Quique es muy joven para eso. Miren sus mordidas, sus rasguños, dijo Meche mientras se desnudaba. Las dos mujeres gritaron, cosa inusual en ellas como ya lo habíamos anotado antes. Gritaron y quisieron salir del cuarto corriendo, pero algo las detuvo, probablemente el deseo de saber algo que, para desgracia de ellas que disfrutaban mucho el chisme, no podrían contar a nadie, ni siquiera comentarlo entre ellas. Y sí, vieron mordidas y rasguños. Volvieron a pedirle a la sirvienta que se tapara y como ella no lo hacía, ellas personalmente la cubrieron con su ropa. Después hablamos, dijeron antes de salir. Salida que hicieron con soberbia. Meche, ya sola, se arregló bien la ropa y sonrió.

Mira Quique, tú sabes muy bien que te queremos mucho, sobre todo después de la muerte de tu madre, nuestra hermana que en paz descansa. Pero de eso a esto... No sé cómo se te pudo ocurrir eso de meterte con una gata traída de un rancho... ¿Acaso no pudiste escoger entre tanta muchacha de este pueblo? Imagínate que la hayas embarazado, que Diosito no lo permita. ¿Dónde va a quedar nuestro nombre?

Enrique interrumpió a la tía Genoveva para decirle que para qué hacían tanto pedo por algo sin importancia. Que las gatas estaban para eso, para que se las cogieran los amos.

Genoveva se santiguó ante cada palabra grosera del sobrino pero no por eso dejó de hablar: tu tía Hortensia y yo hemos decidido que te tienes que casar con Mercedes. Eso es lo que aconseja la iglesia y la moral.

¿Estás chiflada? ¿Yo casarme con una criada? Primero muerto, aseguró Enrique.

Si no te casas tendrás que irte a vivir a otro lado. Ya no te daremos ninguna ayuda económica. Así que tú sabes lo que haces, amenazó Hortensia, para después rogar: Por caridad, cástate con ella.

La boda se celebró a las cinco de la mañana, hora de la primera misa en la iglesia mayor. Enrique no quería que nadie del pueblo se enterara. Ese día, antes de las doce hasta las marchantes de aguacates del mercado ya sabían la noticia: El joven Enrique se había casado con la criada de las Montoya Güemes.

Tuviste suerte, lo consoló la tía Hortensia, pues Meche es joven, está bonita y además sabe cocinar muy bien. Sus moles son deliciosos y también sus aguas de sabores. Enrique sólo elevó los hombros ante esta declaración de la tía. Y sí, reconoció solamente ante él, no solamente cocina sabroso sino que es muy buena en la cama. Lástima que no me sienta bien de salud para disfrutarlo más.

Su salud fue empeorando poco a poco pero no tan lentamente como él lo deseara. Perdió el apetito, después las fuerzas y por último empezaron los dolores. Los médicos del pueblo no supieron qué tenía. Los médicos de la capital del estado tampoco. Los de la capital de la República tampoco supieron pero dijeron que tenía un cuadro relacionado con el Síndrome de Stopeen Williams. La cuenta fue elevada por revelar este conocimiento. Lo cierto que con Síndrome de Stopeen Williams o sin él, Enrique terminó por fallecer a los 24 años de edad. Demasiado joven dijeron todos. Las tías lloraron durante todo el novenario. Meche, su viuda, no. Pero no dejó de ponerse vestidos negros. En su cuarto reía con toda facilidad. No faltó alguna mujer que comentara que qué casualidad que Enriquito se pusiera malo después del matrimonio, que para ella la tal Meche lo había envenado con los tés que le daba antes de acostarse. Nadie se atrevió a averiguar.

No fue fácil para Meche sacar de la casa a las dos tías, pero lo logró después de una lucha que incluyó a abogados, al cura y algunas mujeres solteras que apoyaban a las hermanas.

La casa era muy grande y estaba situada sobre los arcos que dan a la plaza mayor. Como toda casa antigua que se respete tenía más de siete habitaciones sin contar la cocina, el comedor y la sala, pero sólo tenía un baño. Todos los cuartos, eso sí, tenían un balcón que daba a la calle. En ellos, la gente del pueblo veía a Meche sentarse muy satisfecha todas las tardes. Unos días se sentaba en el que hacía esquina, en otros en el más alejado. Jamás vieron, por más que trataron, entrar a algún hombre a esos cuartos.

Lo que volvió a escandalizar a los habitantes fue que en lugar de hombres, o de amigas, o de algún pariente que era lo normal, fueron apareciendo en los balcones animales. Primero no los distinguieron bien, tuvieron que acercarse. Eran puercos. ¡La tal Meche está criando puercos en las habitaciones de la casa! Esto hizo más ruido que la boda, que la muerte de Enrique, que la corrida de las tías. ¡Cómo se atreve a criar puercos en la mejor casa del pueblo! Esto es una afrenta a todos nosotros. Es una burla. Algo tenemos que hacer. Y lo único que hacían las mujeres y también los hombres, era juntarse en las esquinas para comentar indignados lo que veían. A alguno se le ocurrió acusar a la mujer de tener un negocio clandestino que iba a contaminar a todo el centro del lugar con las moscas y la insalubridad. Nadie se atrevió a ir a la comandancia a acusarla. La realidad es que le tenían miedo. Su fama de bruja, que se inició con la muerte de su marido, fue creciendo. El que las dos tías perdieran la casa fue una prueba mayor de la fuerza de esta mujer. Todos temían que si le hacían algo un castigo caería

sobre ellos. Y así todos escuchaban los ruidos de los puercos día y noche. Al parecer la mujer los golpeaba para que emitieran esos quejidos tan agudos que hacían parar los pelos de quien los escuchaba que eran todos los habitantes.

Con los meses y después con los años se acostumbraron a los gritos de los puercos y a su presencia en los balcones. Cuando llegaba algún visitante lo llevaban para que los viera. Terminó siendo un atractivo turístico del lugar.

Cincuenta años después la odiada pero temida Mercedes enfermó. Como reguero de pólvora corrió el rumor que le faltaban pocos días para que muriera. A la casa de los puercos, como ya era conocida, empezaron a acercarse sobrinos y sobrinas de la mujer, hijos y nietos de hermanos y hermanas a los que nunca había visto desde que se casó. Todos ofrecieron su ayuda a la enferma. Ella la aceptó. Jacinta era la encargada de sacar la bacinica de debajo de la cama e ir a tirar su contenido al excusado. Juan Luís era el encargado de comprar la comida para los puercos y dárselas. Ramiro, refunfuñando, aceptó limpiar las porquerías de los animales. Elvira era la que le cambiaba la ropa a Meche y no sólo a ella sino también cambiaba las sábanas mojadas de orines. Lucía le curaba las yagas.

Con los cuidados la salud de Mercedes mejoró, o más bien dicho, se estabilizó. Tenía que estar acostada todo el día pero ya la tos le había disminuido y su incontinencia también.

Los sobrinos, sin que la tía se enterara, tuvieron una junta en el cuarto más alejado de la casa. La conclusión a la que llegaron fue exigir a la tía que hiciera su testamento, que en caso de no existir iban a perder la posibilidad de quedarse con la propiedad y los animales, además de mucho dinero, que dicen todos los del lugar, tenía la vieja en el banco.

Nadie se quiso proponer para hablar, todos tenemos que ir, dijeron. Y así, una tarde de frío, llegaron al cuarto de la enferma y le dijeron sus pretensiones. Es para bien de todos. Concluyeron.

Meche sonrió. Después, lentamente dijo: No pienso hacer ningún testamento. Si lo hiciera le dejaría todo a mis puercos.

Los sobrinos protestaron, le explicaron el mal que lograría al no hacer el testamento, le afirmaron que todo lo que tenía pasaría a manos del gobierno y sólo una pequeña parte se repartiría entre todos.

Así está bien, dijo la enferma. Que el gobierno se quede con todo y que a ustedes les de lo que se le antoje. Me parece lo mejor que pueda suceder.

Pero tía, lo único que vas a lograr es que nos peleemos entre nosotros y eso no queremos, aseguró Ramiro, al que le tocó cuidar a los puercos. Nos vamos a matar entre nosotros.

Eso me parece muy bien, afirmó Meche, mientras sonreía.

Por caridad, tiita, haz tu testamento, qué pierdes con hacerlo, dijo entre llanto Jacinta, la que tiraba los meados todos los días. Por caridad hazlo, repetía una y otra vez.

¿Alguien tuvo caridad para conmigo? Fui despreciada por mi marido y sus tías por ser india. Fui despreciada por la sociedad por lo mismo. Fui despreciada por ustedes hasta este momento. Ahora a mí me toca despreciar y a los primeros que desprecio es a ustedes. Váyanse con su caridad a dónde les crean. Es más, a todos ustedes y a todos los del pueblo les voy a decir mis últimas palabras pues sé que hoy moriré. ¡Que todos vayan a chingar a su madre. Todos!

Y sí, Meche murió ese mismo día. Los sobrinos se arrebataron los muebles, las joyas, los vestidos. Salieron de la casa. A nadie le dijeron que Mercedes había muerto. Fue hasta muchos días después cuando se supo. Al entrar no encontraron al cadáver. Pensaron en magia. Cuál magia ni qué magia dijo el cura. No está el cadáver porque se lo comieron los puercos.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006